

Encierros

Buenos Aires, 20 de enero de 2019

Era un día sofocante. A Sibila le molestaba el aire acondicionado. Si lo apagaba se moría de calor, pero si lo encendía se congelaba.

- Estas oficinas vidriadas –pensó- son muy lindas, pero dejan mucho que desear en cuanto a eficiencia energética. Se sacó los auriculares y dejó el celular sobre su escritorio. Acababa de ultimar los detalles del viaje a Italia que tenía planeado para abril del año siguiente. Pero en lugar de estar contenta, se sentía inquieta sin saber por qué.

De repente, su mirada se clavó en la pared que tenía enfrente. Un recuerdo emergió entre las brumas del olvido. Irrumpió violentamente y se sintió, físicamente, como un golpe en el medio de la cabeza. Una sensación de angustia le apretó el pecho.

Veía en esa pared blanca una imagen religiosa que había contemplado más de 12 años atrás en Italia. La visión fue tan vívida y la emoción tan intensa que la sacudió. Se sintió fuera del tiempo, como aquella vez –y algunas otras tantas-

¿Qué es esto? ¿De dónde viene y por qué? – se preguntó Sibila quien, haciendo honor a su nombre, pasaba cada tanto por este tipo de experiencias.

Florenia, 20 de enero de 1631

Orazia estaba encerrada en la elegante casa de Florenia en la que su madre se había criado. Esa mañana estaba fastidiosa. Si abría la ventana, el frío invernal le congelaba hasta los huesos. Si la dejaba cerrada, el aire enrarecido y el olor a leña la asfixiaban. Se le ocurrió que tal vez, algún día, alguien podría inventar una forma de modificar la temperatura de los ambientes que terminara con estas molestias. Inmediatamente, recordó la habitual reprimenda de su padre. “*Otra vez con esas ideas extrañas impropias de una mujer*”. El confinamiento no era el único encierro que sufría Orazia. Ni el peor.

La cuarentena obligatoria había comenzado ese día en Florenia. Entre otras medidas, se prohibió el ingreso a la ciudad a quienes provinieran de lugares afectados por la temida y fatal peste negra. Los habitantes de la ciudad tenían prohibido, bajo pena de muerte y confiscación de bienes, alojar a las personas procedentes de estas zonas.

Pero el padre de Orazia la había confinado meses antes, cuando en agosto de 1630 la epidemia se agudizó. Orazia estaba aislada en el piso superior de la casa, con la única compañía de su vieja nana y de una diligente criada, que tenían órdenes de tener el menor contacto posible con ella. Sólo podían llevarle alimentos y ocuparse de las tareas mínimas de cambio de ropas y limpieza.

La peste era en realidad una excusa. Orazia estaba castigada porque su padre la había sorprendido leyendo libros de ciencia. Y había osado anunciar a gritos que se iba a dedicar a la pintura en lugar de casarse con el candidato escogido por su familia. Luego, la cuarentena vino a legitimar el confinamiento.

Durante los primeros meses de reclusión, Orazia intentó cumplir con sus obligaciones de buena hija y mejor cristiana. Bordó y cosió. Leyó historias piadosas y los textos que una buena dama debía estudiar. Y, por supuesto, oró fervorosamente, varias veces por día, mirando la virgen pintada en el pequeño *tabernacolo* incrustado en el ángulo conformado por las paredes de la esquina, sin ochava, en diagonal a la ventana de su cuarto. Si había algo que podría salvarlos de la peste, era la oración. Nada más.

Pensaba que, si se esforzaba, podría domar su espíritu y convertirse en una mujer “normal”. Sólo consiguió acostumbrarse al encierro físico. El otro, el del alma, se sentía cada vez más.

Florenxia, 20 junio de 2007

Sibila, medio dormida, caminaba por las calles de Florenxia. Se había levantado temprano para la recorrida matutina, que ya llevaba un par de horas.

Había llegado al punto en el cual necesitaba explorar por si misma los rincones de esa maravillosa ciudad. El grupo se había detenido en la intersección de dos calles peatonales, en el centro imaginariamente delimitado por cuatro esquinas en ángulo, sin ochavas. Todos escuchaban atentamente al guía mientras sacaban fotos. Menos Sibila.

Distraída, se fue alejando de a poco del grupo. La voz del hombre se fue haciendo cada vez más lejana. De repente, sin saber por qué, miró hacia arriba. El fresco de una oscura imagen religiosa la atrapó de inmediato. Estaba ubicado a una altura considerable, dentro de una especie de pequeño nicho de material incrustado en el ángulo formado por las paredes de la esquina, sin ochava.

Los sonidos se apagaron y el tiempo se detuvo. No podía dejar de mirar la antigua pintura.

El guía cortó en seco su larga explicación. Había advertido el trance de Sibila. Tres veces tuvo que insistir, la última casi a gritos, para lograr que Sibila saliera de su ensoñación.

- ¿Estás mirando la imagen?

Sibila volteó la cabeza con pesadez hacia el guía.

-En épocas de la peste -informó el hombre-, la gente acomodada que vivía en esta zona estaba confinada en sus casas para evitar contagiarse. Como no podían ir a la iglesia, las personas rezaban mirando estas imágenes desde sus ventanas.

Mecánicamente, Sibila levantó la vista, escudriñando las paredes opuestas a las de la pintura. Enseguida encontró la ventana, en la esquina en diagonal.

Ahora sus ojos se fijaron en esa abertura. Imaginó unas cortinas pesadas que se entreabrían y el rostro pálido de una joven mujer que se asomaba. Se preguntó cuánto tiempo habría estado encerrada allí. Cuántas horas habría pasado rezando con fervor, mirando la misma imagen que ella había estado contemplado absorta.

Cerró los ojos y la oscuridad la envolvió. Reconoció una sensación de angustia que no había tenido desde su infancia, cuando había cortes de energía eléctrica. Detestaba la luz de las velas, las figuras deformes y caprichosas en las que se ocultaban las sombras nocturnas. Imaginó las noches de esa mujer, varios siglos atrás.

Sintió un encierro que le era ajeno, el de la falta de libertad física. Pero también reconoció otro que le era muy conocido, más profundo.

Un viento helado, invernal, la hizo temblar. El cielo por un momento le pareció oscuro y sombrío.

El tiempo volvió a correr. Advirtió que el grupo se alejaba y se apresuró para alcanzarlo. Corrió bajo el cálido sol y el cielo azul del verano italiano. Atrás quedaron la pintura, la ventana y la imaginaria mujer. También la sensación de encierro del cuerpo, esa que le era ajena. El otro encierro, el del espíritu, permaneció con ella.

Florenxia, 20 de enero de 1631

Orazia corrió la pesada cortina. El cielo era gris plomo. Si su ánimo hubiera tenido color, habría sido el del cielo de esa mañana. Un fuerte murmullo proveniente del exterior la sorprendió. Debajo, en el cruce de las dos calles, vio un grupo de lo más pintoresco, con ropas extrañas. Casi todas las personas tenían en sus manos unos objetos rectangulares, con los que apuntaban a distintos lugares. Un hombre con un sombrero raro hablaba fuerte, en un idioma que no conocía. Parecía alguna variante del castellano, pero le era imposible entender lo que decían.

Una mujer joven que se le ocurrió descarada por la ropa que vestía —con los brazos y piernas al descubierto— se apartó del grupo, mirando el *tabernacolo* frente a su ventana, que estaba descascarado y le faltaban algunas partes del borde.

La pintura en su interior se veía deslucida y vieja. Se frotó los ojos. Gente en la calle en cuarentena, semi desnuda en pleno invierno. Imposible.

El hombre del sombrero gritó algo a la chica, quien entonces miró para arriba, como buscando algo, hasta posar su vista en su ventana. O en ella. Orazia se estremeció cuando vio que la mujer se levantó las extrañas gafas oscuras y se quedó un rato en actitud pensativa.

El grupo comenzó a caminar y, cuando la joven se dio cuenta, se acomodó los lentes y salió corriendo detrás.

Orazia abrió la ventana. Quería llamar a la mujer para preguntarle quién era y de dónde venía. El aire cálido entró de golpe y la sorprendió. El sol brillaba radiante en un cielo azul profundo.

Cuando solo unos instantes después volvió a bajar la vista, la calle estaba desierta. No había rastros ni de la extraña mujer ni del grupo.

El viento helado la despabiló. El cielo estaba cada vez más oscuro. Cerró la ventana.

Buenos Aires, 4 de marzo de 2020

La visión de la pintura florentina obsesionó a Sibila durante todo el verano. Varias veces por día invadía su mente y perturbaba su espíritu. No era solo la imagen, sino lo que significaba: peste, confinamiento, miedo, angustia. Las palabras del guía en Florencia y las sensaciones que la atravesaron en ese momento sin tiempo la acosaban. Comenzó a preocuparse.

Una extraña enfermedad que había comenzado en China –aparentemente por la ingesta de murciélagos que se vendían en un mercado de la ciudad de Wuhan- se esparcía por Europa. Se suponía que era muy difícil que llegara a su país, tal como había sucedido con otros virus que azotaron Asia pero que desaparecieron sin recorrer mucha distancia.

Sibila seguía de cerca la situación en Europa y parecía que en Italia el tema se estaba complicando. Le preocupaba su próximo viaje, pero más la llegada de la peste a su tierra. Se resistía a reconocer que ese fuera el significado de su recurrente visión del tabernáculo florentino.

La extraña sensación de encierro físico la invadía cada vez más. Además, el encierro del espíritu al que pensaba que estaba acostumbrada comenzaba a asfixiarla.

Florencia, 4 de marzo de 1631

Orazia miraba fijamente el *tabernacolo* frente a su ventana. Se veía como siempre. En su retina había quedado grabado el aspecto añoso que tenía aquella mañana. En lo más profundo de su ser palpitaba la libertad de la mujer corriendo calle abajo. El recuerdo del instante sin tiempo en el que el invierno fue verano y la tormenta, sol.

Sintió un inesperado impulso. Buscó una tela y los elementos que tenía escondidos y pintó todo el día y parte de la noche también. Olvidó la aprehensión que siempre le habían producido las sombras misteriosas nacidas del vaivén de las llamas de las velas. Solo la sensación de libertad importaba.

Cuando se quedó sin elementos, buscó por todo el piso superior sin éxito. No dudó en bajar a los pisos inferiores, desoyendo las protestas de su nana.

El sótano estaba oscuro y lleno de polvo. Casi se cae cuando la pared sobre la que se apoyó cedió bruscamente. La empujó con fuerzas y giró. Ante sus ojos apareció un recoveco en el descansaban varios lienzos enrollados y un pequeño cofre. Llevó todo al piso superior.

Los lienzos contenían hermosas pinturas y estaban firmados por su abuela. Orazia llevaba su nombre y no supo hasta que encontró las obras que, además, compartían la misma pasión. Pero su abuela sí lo sabía, pese a que había fallecido cuando ni siquiera Orazia tenía conciencia de su don y vocación.

En el cofre estaban las joyas perdidas de su abuela y una carta dirigida a ella, en la cual la mujer le contaba su amor por la pintura, que había mantenido en secreto toda su vida. Le dejaba lo necesario para que ella no pasara por lo mismo y pudiera ser libre.

Ese día terminó la cuarentena obligatoria en Florencia.

Buenos Aires, 11 de marzo de 2020

Sibila siempre había sido una profesional brillante y proactiva. Tenía muy buenas ideas y le encantaba innovar. Cuando planteaba sus iniciativas en su empresa, sus superiores siempre la animaban a llevarlas adelante. Pero eran solo palabras. En los hechos, no sólo no apoyaban sus proyectos, sino que los boicoteaban.

Su trabajo era de excelencia, pero rara vez recibía cumplidos o reconocimientos, que estaban reservados para sus colegas varones, aún con desempeño inferior y, en muchos casos, con menores capacidades y antecedentes que ella. También eran los destinatarios de las ventajas y las recompensas.

La frustración había erosionado su natural entusiasmo y su confianza en sí misma. La sensación de encierro y limitación había asomado años atrás. Lentamente, la fue inundando hasta arrasarla.

Sibila era muy buena escribiendo. Era su secreta pasión. Pero no escribía desde hacía muchos años. Había dedicado mucho tiempo y esfuerzo a su trabajo y su estado emocional bloqueaba su inspiración.

Sibila reflexionaba sobre sus decisiones y se preguntaba cómo saldría del encierro que sentía. Horas después se enteraría de que el coronavirus había sido declarado pandemia por la Organización Mundial de la Salud. Recordó el tabernáculo y, a la sensación de encierro emocional, se sumó la de confinamiento físico que había sentido tan vívidamente años atrás, en Florencia. Supo que, al menos durante ese año, no volvería a Italia.

Florencia, 20 de marzo de 1631

Orazia se levantó temprano y, con los tesoros del sótano y algunas pertenencias, abandonó Florencia. Dejó atrás sus encierros. Sólo recordaría el día en que el tiempo se detuvo y pudo ver un atisbo del futuro. Fue un instante, pero suficiente para hacer germinar lo que el confinamiento se encargaría de madurar. Paradójicamente, el encierro físico terminó liberándola.

Sospechaba que también su abuela se había asomado al futuro. No en vano, ambas se llamaban Orazia. Eran guardianas del tiempo, tal el significado su nombre.

Buenos Aires, 20 de marzo de 2020

La cuarentena obligatoria fue declarada en la Argentina. Solo las personas que cumplían servicios esenciales podían trabajar. La gente podía salir únicamente a comprar alimentos y medicinas y en casos de extrema necesidad.

El confinamiento no tomó por sorpresa a Sibila. No sabía cuándo duraría, pero el miedo se había esfumado. Tampoco sabía que había llegado el momento de bucear en su interior, de descender a lo más oscuro para resurgir renovada. Era su tiempo de bajar al sótano y encontrar las joyas de la abuela.

Laura Lavia